

CUANDO EL MUSEO RECORRE MURCIA

Antonio Botías Saus, periodista y Cronista Oficial de Murcia, publicó en la revista *Pasión por Murcia* un artículo de gran nivel literario que a continuación reproduzco íntegro por reunir en el mismo todos los matices y espíritu que inspiran “La Mañana de Salzillo”.

“Que alguien, mientras aún retiembla Murcia al toque vibrante de baquetas rabiosas sobre el tambor entelado, que es llanto morao de Viernes Santo cumplido, tenga a bien explicarme dónde y en qué latitud de este planeta que va a la deriva puede admirarse, sin que cueste otra cosa que suspiros de asombro, cuando no de blasfemias castizas, un museo en la calle, a pie de acera mecida por las cuestas de arena que protegen el paso firme y remoto de los estantes, sin más luz que aquella de divina primavera huertana, sin otra entrada que el retorno en la iglesia de Jesús, sin otro guía que la mirada cuajada de belleza ni más horario que el impuesto por el mecerse de las tarimas por San Pedro y teniendo solo pupilas de admiración en lugar de catálogos de cuidadas ediciones.

Que alguien, mientras me desato las cintas de mis zapatos de mayordomo me lo aclare. Que alguien sepa describirme cómo es posible que tan sublime colección abandone su museo legendario para, entre vaivenes cadenciosos de hombros recios, desfile en esa pasarela improvisada de incienso sobre el asfalto donde cualquiera, tenga posibles o los anhele, ocupa su silla de preferencia con derecho a saborear completa de gloria morá hasta hartarse, si es que eso fuera posible.

Que alguien, ahora que recojo el antiguo rosario de perlas y nácar, me describa la expresión de orgullo de Esteban de la Peña, fiel custodio y garante de una colección que navega, pues veleros de tradición son sus tronos, hacia una ciudad colmada de turistas que, sin siquiera imaginarlo, vibran conscientes de que no existe en el mundo lugar donde pueda admirarse tan excelsa colección artística de plaza en esquina, de esquina en bocacalle nazarena.

Que alguien me recuerde, aunque no podría olvidarlo, si acaso existe en el orbe capital que se enseñoree de alegría en esta mañana que, en vez de tristeza y llanto, es algarabía de niños, crujir de esparteñas huertanas, aromas de jazmín y clavellina, sabor de pastel de carne y marinera, reencuentros de abrazos de nostalgia y tradición condensada en pastilla de versos abrazada.

Que alguien me aclare si se venera en alguna Semana Santa otro San Juan con más donaire o acaso a la Madre de Dios, que en Murcia siempre será Dolorosa, ha sido tallada con mayor elegancia y angustia contenida, de serena belleza como serena es la huerta, o existe Ángel con más misterio o Nazareno en su caída más hermoso ni más sublime como el Abuelo o sayones más fieros que aquellos que castigan al Señor.

Que alguien, en este instante en que guardo aquellas medias del abuelo por donde crecen flores de puntadas benditas, proponga en qué latitud y en qué esquina del universo es posible condensar la elegancia y el señorío que atesoran hasta los golpes de los cabos de andas, de rostro sereno y riguroso, volcados los estantes hacia el trono mientras las burlas

componen, mezclados sus sonos con el azahar que aletea desde los naranjos, remotos sonos de nazarenía pura.

Que alguien, colgado el sol como potencia de esa vara que es la torre de la Catedral, me advierta si acaso existe en el cielo, que es San Agustín muy de mañana, o en la tierra, que anda abonada el Viernes Santo de puntillas y pajaritas, dónde podría hallar esculturas ondeando bajo los balcones, a un tiro de mano por Trapería o San Nicolás, ofreciendo una lección magistral de tradición y cultura, de equilibrio sobre esparteñas que son prolongación de la calle y del alma de tantas gentes diversas.

Que alguien, por acabar pronto, pues la Cena está a la entrada, tenga a bien convencerme de eso que tantos murcianos, catedráticos como somos en desmemoria aplicada, descuidamos todo el año para refrescarlo, a la fuerza ahorca la evidencia, cuando el sol acaricia de nuevo el rostro de La Dolorosa, para luego volver a olvidarlo: que no existe en la creación otra ciudad que convierta su callejero en espontáneo museo que busca a su público y lo sorprende y lo acuna en tanta hermosura concentrada. Y que alguien, si aún se atreve a proponerlo, niegue de plano que el mismísimo Dios, que es el que está en Jesús, no descansó al séptimo día ocupando una silla en Bellúga, deleitándose en la mañana morá más bella del universo.”